

Aprendizaje de América (confidencias de una iniciación)

Por *Edgar* MONTIEL*

I

TRAS RECORRER CUBA Y ESPAÑA desembarqué en París a fines de marzo del setenta y cuatro, con 22 años como bagaje. Viaje financiado con el Premio Ensayo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por mi trabajo *Mariátegui: Universidad, ciencia y revolución*.¹ Faltos en Lima de una cátedra sobre desarrollo económico y social, escuché decir al filósofo Augusto Salazar Bondy que François Perroux había creado en la Sorbona un Instituto de Estudios del Desarrollo, “donde se discuten temas cruciales del Tercer Mundo”. Allí aterricé con exiliados de mucha experiencia como Fernando Henrique Cardoso y Celso Furtado que impartían Economía del desarrollo, Michael Löwy, Análisis político; Alain Touraine e Yves Guossault, vueltos de Chile, explicaban desde la sociología el drama de Salvador Allende. Profesores árabes, asiáticos y africanos exponían proyectos de sus regiones y nos ponían al tanto del movimiento de liberación en Vietnam y las colonias portuguesas.

Seguí otro curso poco frecuentado: Epistemología de la economía. El uso metafórico de centro/periferia, dependencia/liberación, metrópolis/satélites, invitaba a una reflexión gnoseológica. La disciplina del epistemólogo Serge Latouche permitía saber cómo se producen los conocimientos en Economía. La *desestructuración* de categorías como crecimiento, ingreso *per capita* y el propio desarrollo, ponía en crisis constructos considerados *universales*, refutando así las canónicas *Etapas del crecimiento económico* (1961) de Walt W. Rostow.

Para avanzar en la teoría del conocimiento me matriculé también en la Facultad de Filosofía. Sin beca, dedicar todo el tiempo al estudio era un problema. Un concurso de proyectos sobre el tema de la Juventud, de la Organización de las Naciones Unidas para

* Economista, filósofo y ensayista peruano, miembro del Consejo Internacional de *Cuadernos Americanos*; e-mail: <edgarmontiel@gmail.com>.

¹ Edgar Montiel, *Mariátegui: Universidad, ciencia y revolución*, Lima, Amauta, 1978.

la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés), resolvió el *impasse*: elaboré un proyectito sobre jóvenes y cambio social en Latinoamérica y clasificó en primer lugar. Debuté como “consultor junior” haciendo un balance de la participación social y una propuesta alternativa de política pública para jóvenes. El resultado final se distribuyó a las delegaciones de los países miembros. Un resumen se publicó en la revista *Perspectiva* de la UNESCO y otra versión en *Nueva Sociedad*.²

Reinaban entonces en el mundillo intelectual Jean-Paul Sartre, Jacques Lacan, Michel Foucault, Emmanuel Lévinas, François Châtelet, Nicos Poulantzas, pero no había que distraerse. En la Facultad de Filosofía la corriente “cientificista” continuaba con discípulos de Gaston Bachelard y Georges Canguilhem (ya fallecidos) y de Louis Althusser. Tomé cursos con Étienne Balibar y Pierre Macherey, con este último dedicamos un año a “problematizar” el *error* en las diversas ciencias. El ejercicio permitía ver desde dentro los vínculos y diferencias entre *gnosis* distintas; practicábamos una gimnasia interrogativa para saber plantear los problemas y las alternativas.

Saqué en claro que los retos del mundo son transdisciplinarios. Sea en economía (pobreza, inflación, desocupación), salud pública (hambre, sida u otras epidemias) como en gobernanza política. Hoy, los desafíos están en el consumismo compulsivo, los antagonismos religiosos o culturales, los efectos planetarios del cambio climático, la violencia criminal, nudos enmarañados que exigen respuestas interdisciplinarias. Saber cómo abordar *crisis* y conflictos (no digo resolver) fueron enseñanzas útiles en mi vida intelectual y profesional.

En esos ejercicios me guiaba la pregunta, ¿cuánto de esto era pertinente en América? Pensándolo bien, el reto es mayor: vasto continente de una diversidad biológica y cultural excepcional, “espacio gnóstico abierto” —a decir de José Lezama Lima—, fracturado por la muralla mental del antes y después de 1492. En nuestro imaginario no existe pasado lejano, es un agujero negro; impera una ideología *inaugural* (“todo es nuevo”), herencia de la *terra incognita* que creyeron encontrar los conquistadores. Visión de “realidad” aprovechada por la literatura: los paradigmas ficcionales creados por Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Carlos

² Edgar Montiel, “¿Es heroico ser joven en Latinoamérica?”, *Nueva Sociedad*, núm. 55 (julio-agosto de 1981), pp. 65-84.

Fuentes, José María Arguedas, Ernesto Sabato, revelan ciertas claves ocultas de la realidad. Práctica difícil para nuestros filósofos y científicos sociales, porque confían más en categorías prestadas o “repcionadas” que en la producción de sus propios conceptos.³

Como estudiante, en Althusser valoré su producción de conceptos nuevos —los *aparatos ideológicos*— y la claridad de su escritura que mantenía una independencia de juicio; sorprendía su influencia en Latinoamérica, a pesar que conocía poco la región (como Sartre, Foucault o Lévinas; normal, no escribían pensando en nosotros...). En una plática le dije que “daba línea a la izquierda en México y Buenos Aires” y replicó que no era su culpa que sus libros se leyeran más en México y Buenos Aires que en Toulouse. Interesado en el humanismo americano, estuve cerca de Louis Sala Molins, filósofo político catalán de alto voltaje, autor de una crítica feroz en *El código negro o el calvario de Canaan* (1988) y de *Las miserias de las Luces: bajo la razón del ultraje* (1992) y estudioso y traductor de *La filosofía de la conquista* (1947) de Silvio Zavala. Fue mi asesor en la tesina de Estudios Avanzados.

II

TERMINADO el trabajo sobre la juventud devine asistente de Huynh Cao Tri, especialista chino-vietnamita en el tema del desarrollo, con quien inicié una experiencia distinta: participar en la fundamentación teórica y práctica del concepto *desarrollo endógeno*, opción “autocentrada” adoptada por la UNESCO. La *idea-fuerza* endógena consistía en alcanzar el desarrollo con base en la realidad socio-económica y cultural propia de cada país para movilizar todas sus *potencialidades* nacionales y lograr la *participación* protagónica de su población.

El equipo analizó proyectos innovadores caracterizados por su creatividad cultural, productiva y democrática: “ensayos de utopía social al alcance de la mano”. Los resultados se difundieron en una serie de estudios; tres de mi autoría apuntalaron vías alternativas: — *Bibliographie selective sur le développement endogène : introduction au concept et bibliographie annotée*. Código ss-82/ws/26. Un resumen se publicó con el título “Hacia un desarrollo emancipador”, *Nueva Sociedad*, núm. 49 (1980).

³ Edgar Montiel, “¿Una filosofía de la subversión creadora?”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1980), pp. 53-89.

— *Les institutions de participation sociale dans le domaine des activités éducatives, culturelles et scientifiques*. Código ss-82/ws/20.
— *Niveles de participación popular, ejercicio de las decisiones y desarrollo*, en colaboración con Agustín Montoya, Elmer Arce, Leopoldo Chiappo y Carlos Franco. Código ss-80/ws/2 (disponibles en UNESDOC).

Trabajar con Huynh Cao Tri amplió mi visión estratégica sobre la importancia del patrimonio cultural, moral y sapiencial de los pueblos como *recursos* versátiles del bienestar común. Mi libro *El poder de la cultura* (2010) ilustra con experiencias prácticas este poder intangible que los enfoques tecnocráticos no consideran. Para su difusión, traduje al español el estudio “Identidad cultural y desarrollo” de Cao Tri, que fue publicado por Manuel S. Garrido en *Cuadernos Americanos* (enero-febrero de 1985). El interés de Luis Echeverría —en aquel entonces embajador de México ante la UNESCO— por el proyecto sobre la juventud, hizo posible mi retorno a América. Una misión preparatoria a la Ciudad de México, en noviembre de 1980, definió un programa de investigación-acción con jóvenes del medio urbano y rural en situación crítica. Ubicado en el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (Ceestem), el programa se vincularía al Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (Crea) y estaría abierto a la cooperación con Centroamérica y el Caribe.

La misión permitió también establecer relaciones con pensadores mexicanos a quienes había estudiado en mis trabajos académicos: Leopoldo Zea, Silvio Zavala, Jesús Silva Herzog, Miguel León-Portilla, Octavio Paz. Con ellos tuve *pláticas* amenas e instructivas que auguraban un grato retorno al continente.

En mayo de 1981, a la cabeza de un equipo joven comenzamos trabajando con Los Panchitos, movimiento juvenil bravo de la zona de Santa Fe, periferia de la Ciudad de México, para que se respetasen sus espacios habituales, cercados por la policía, y les prestamos asistencia en la autogeneración de empleos como criadores de conejos. Como investigaciones de gabinete el equipo trabajó varios temas: “La movilización juvenil en el sistema político mexicano” (M. Álvarez); “Lengua, escuela y religión en la juventud indígena” (A. Burguete); “La juventud y sus imágenes” (L. Fadul, C. Gómez y E. Salas), y “La insurrección contra el analfabetismo” (C. Rovirosa).

En el marco de las celebraciones de 1985 como Año Mundial de la Juventud, promovido por la Organización de las Naciones Uni-

das (ONU), efectuamos consejerías sobre políticas para la juventud en Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y República Dominicana. Como asesor de la Coordinación Mexicana del Año, presidida por Heriberto Galindo, director del Crea, se recomendó una estructura donde estuvieran representadas las instancias juveniles de *todos* los partidos. La coordinación promovió prácticas participativas, que fueron cruciales en momentos relevantes: 1) ante el devastador terremoto de 1985 la juventud participó masivamente en las tareas de reconstrucción, hecho enaltecido por la Asamblea de la ONU; 2) la Reforma Política a favor del pluripartidismo y la alternancia pudo contar con una juventud politizada habituada a la negociación y al trabajo conjunto.

Los resultados de los estudios e intervenciones de campo fueron reunidos en el libro colectivo *Juventud de la crisis* (Ceestem/ Nueva Imagen, 1985), con el que concluí este ciclo vital dedicado a los jóvenes.

III

El aprendizaje llevado a cabo en México nos llevó de Oaxaca a Yucatán y de Chiapas a Tijuana y Centroamérica. En Centroamérica trabajé con *nicas* y *ticos* y compartí elotes sagrados con *kakchiqueles* y *tz'utuhiles*. En el Caribe aprendí *merengue* con chicas dominicanas, tomé *buchitos* de café bien conversados con Roberto Fernández Retamar y llegué a Haití para honrar al pueblo afro-indoamericano que hizo la revolución de Independencia, declaró la República y abolió la esclavitud; hechos que asustaron a Hegel y a los ilustrados que pensaban que ésas eran atribuciones de “criollos blancos”. En este caminar por nuestras tierras llegué a la siguiente conclusión: debía dejar los estudios sobre la juventud a sus protagonistas y tomar la vía del conocimiento de América, vale decir, acceder a esa disciplina en gestación que, desde la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Leopoldo Zea, su promotor, llamaba Estudios Latinoamericanos.

Desde que llegué a México frecuenté el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCYDEL) de la UNAM que quedaba cerca del Ceestem; me convertí en lector y colaborador del maestro Zea en sus reuniones, como un sonado congreso que buscaba responder cuánto de *latinidad* había en América, que congregó a talentos como Arturo Ardao, Richard Morse, Gregorio Weinberg y Charles Minguet. Tras intensa discusión se concluyó que existía

un acervo valioso de origen *latino*, que los americanos hemos incorporado, pero que no debía tomarse como categoría *totalizante*, que encubriera viejas civilizaciones y las culturas vivas ancestrales y afroamericanas; es decir “no puede ser Chile de todos los moles”, resumió un orador local.

El equipo del CCYDEL ofrecía la oportunidad de compartir tareas y debatir temas emergentes, como filosofía de la liberación y migración de las ideas, motivo de sendos números de la colección *Nuestra América*, coordinados por el querido Horacio Cerutti. Coordiné el núm. 25 dedicado a un engraido nuestro, el Inca Garcilaso. Que el centro editara libros y tuviera tres publicaciones periódicas impulsaba una dinámica de producción y discusión de temas que marcaron la agenda de los Estudios Latinoamericanos.

En 1991 retorné a la UNESCO para colaborar con Fernando Aínsa en libros sobre el Quinto Centenario del Descubrimiento. De este trabajo-sin-horarios nació *Memoria de América en la poesía*: confiados en el apotegma latino de que “las deidades hablan por boca del poeta”, dejamos a la Poesía la responsabilidad de decir su palabra oracular sobre la conquista. Se publicó así una selección de ciento treinta rapsodas, de antiguos poetas mayas, quechuas y guaraníes, así como de figuras consagradas y de generaciones recientes. Y para saludar el cincuentenario de la UNESCO recordando los aportes de América a la organización, nos atareamos en reunir en el volumen *Mensaje de América* el pensar de nuestros filósofos, historiadores, escritores y científicos. Allí están Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Germán Arciniegas, Leopoldo Zea, René Depestre, Elkin Patarroyo, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Ernesto Sabato, Carlos Fuentes, Jorge Amado, Gabriel García Márquez, entre otros. Ambos, *América en la poesía* y *Mensaje de América*, fueron publicados en la *Colección UNESCO de Obras Representativas* y prologados por Federico Mayor; el último de ellos en coedición con Cuadernos Americanos dentro de la colección *Cuadernos de Cuadernos*.

IV

EN enero de 1994 retorné a América, a la Oficina Regional de la UNESCO en La Habana. Afectados por el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), la prioridad local era la educación y la cultura. Atentos al campo de las ideas, interesaban los trabajos de Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra y Mercedes

García, del Instituto de Historia, dedicados a rescatar la ejemplar obra filosófica del clérigo independentista y antiesclavista Félix Varela. Se publicaron tres tomos auspiciados por la UNESCO —gracias al apoyo de la directora Gloria López Morales— que fueron presentados en el congreso internacional consagrado a Varela, en diciembre de 1997.

Seguí de cerca también los trabajos de Pablo Guadarrama y su equipo, que hacían una valoración del pensamiento cubano del siglo xx y revelaban un humanismo genuino, caribeño y cristiano, emparentado con Varela (“el americano oye constantemente la imperiosa voz de la naturaleza”) y distante del marxismo soviético del momento. En 1995, en el Congreso Latinoamericano de Pedagogía, introduce un debate sobre la “Educación con identidad”, recogido luego por Zea en *Cuadernos Americanos*, núm. 53 (septiembre-octubre de 1995). En 1997, tras una década de trabajo, concluí la redacción de *Humanismo americano*, libro que el Fondo de Cultura Económica publicó en el 2000.

En junio de 1998, el director general nos instruye una operación comando: dejar Cuba, viajar a Asunción y abrir una oficina de la UNESCO para atender el “mundo guaraní” y apoyar el trabajo cultural del Mercado Común del Sur (Mercosur). En agosto la oficina inicia labores. Junto al apoyo a la educación intercultural y el fomento de industrias creativas, destacó una inusual circulación de intelectuales en Asunción, llegados para los encuentros del Corredor de las Ideas; amplia red de pensadores dirigida por Eduardo Devés-Valdés, Hugo Biagini, Antonio Sidekum y Beatriz Bossio. Esta reflexión colectiva produjo dos libros oportunos para la región: *Pensar la mundialización desde el Sur* (Asunción, 2002), con setenta contribuciones que edité en colaboración con la profesora Bossio. El otro fue *Hacia una mundialización humanista* (París, 2003), donde reunimos los trabajos presentados por autoridades e intelectuales en el Foro de Ministros de Cultura del Mercosur. Así, nuestra región pudo transmitir la sensibilidad humanista americana a la preparación de la Declaración Universal de la UNESCO sobre la diversidad cultural.

Cuando joven, creí que la *iniciación* a América correspondía a la edad juvenil. En el camino entendí que es una larga transmisión de generación en generación. Lezama Lima tiene razón, “somos un espacio gnóstico abierto”.

Lima-París, marzo de 2017